ad alerta digital

TITULARES
Los MUROS

25/10/2025

REDACCION | 9817 lecturas

Cómo la influencia de la industria corrompió la medicina moderna

Marianne Demasi.- El martes participé en una mesa redonda en Washington, DC, sobre la militarización de la ciencia , específicamente, sobre cómo los conflictos de intereses, la influencia de la industria y el engaño científico han transformado la medicina moderna.

Fue una conversación importante sobre cómo el proceso científico ha sido vaciado por los incentivos financieros, la captura regulatoria y la cobardía institucional.

Para mí, este no es un debate abstracto. He dedicado gran parte de mi carrera a investigar cómo se distorsiona la ciencia, no por culpa de unos pocos actores deshonestos, sino a través de todo un sistema basado en la dependencia comercial.

Una vez que uno empieza a tirar de los hilos de cómo se produce la evidencia, quién la financia, quién controla los datos y quién supervisa los resultados, rápidamente se da cuenta de que la corrupción de la ciencia es estructural y sistémica.

Las guerras de las estatinas: un estudio de caso sobre el engaño

Lo vi claramente por primera vez mientras investigaba medicamentos para reducir el colesterol . Mi documental Catalyst de 2013 cuestionó si se estaban recetando estatinas en exceso y desató un revuelo mediático.

El episodio fue retirado tras la indignación de la industria y me atacaron públicamente. Ninguno de los críticos analizó las pruebas; simplemente intentaron silenciarlas.

En 2018, publiqué » Guerras de estatinas : ¿Nos han engañado las evidencias? Una revisión narrativa».

El artículo reveló que los datos brutos que sustentan los ensayos con estatinas estaban en poder exclusivo de la Colaboración de Ensayistas sobre Tratamiento del Colesterol, con sede en Oxford, y nunca habían sido publicados.

El grupo de investigadores que realizan ensayos sobre el tratamiento del colesterol había firmado acuerdos de confidencialidad con patrocinadores farmacéuticos, bloqueando el acceso independiente a los datos sin procesar e impidiendo su verificación.

Sin embargo, esos mismos metaanálisis han dado forma a las pautas de prescripción en todo el mundo, producidas por un grupo que depende de la Unidad de Servicios de Ensayos Clínicos de Oxford , que recibe millones en fondos de los fabricantes de estatinas.

En mis charlas públicas, he descrito la historia de las estatinas como un caso práctico de sesgo y censura. Los ensayos emplearon técnicas conocidas para amplificar los beneficios y minimizar los daños.

Por ejemplo, utilizan períodos de «preparación» antes del ensayo para descartar a las personas que no pueden tolerar el fármaco, reduciendo así artificialmente los efectos adversos detectados durante el ensayo.

A menudo los resultados se informaron en términos relativos, no absolutos, exagerando efectivamente beneficios que, en realidad, eran minúsculos para el paciente individual.

La gran mayoría de los ensayos con estatinas están financiados por los fabricantes, y casi todos muestran beneficios, excepto un estudio financiado con fondos públicos que mostró lo contrario.

Entonces, quién financia el juicio es importante. El sistema está controlado, así de simple.

La captura regulatoria y la ilusión de supervisión

La misma dinámica impregna la regulación de medicamentos. En una investigación del BMJ de 2022 , mostré cómo los reguladores de medicamentos dependen en gran medida de la financiación de las mismas industrias que supervisan.

En Australia, la Administración de Productos Terapéuticos obtiene el 96% de su presupuesto operativo de las tasas de la industria.

En Estados Unidos existe el mismo conflicto a través de la Ley de Tarifas para Usuarios de Medicamentos Recetados, que permite a la Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA) recaudar miles de millones de dólares de las compañías farmacéuticas.

Esas «tarifas de usuario» ahora financian aproximadamente dos tercios del presupuesto de revisión de medicamentos de la agencia, un conflicto de intereses estructural descrito por un académico como «corrupción institucional».

Y es verdad.

El dinero de la industria impulsa la demanda de aprobaciones más rápidas a través de «vías aceleradas», lo que a menudo significa evidencia más débil, ensayos más cortos y obligaciones posteriores a la comercialización más laxas.

Los reguladores defienden esto como «innovación», pero los medicamentos aprobados bajo estas vías tienen muchas más probabilidades de recibir posteriormente advertencias de recuadro negro o ser retirados del mercado debido a problemas de seguridad.

El resultado es un sistema que premia la velocidad y las ventas por encima de la seguridad y la sustancia.

La ilusión de que existen medicamentos eficaces se ha vuelto aún más clara gracias a una investigación histórica realizada este año por Jeanne Lenzer y Shannon Brownlee.

Revisaron más de 400 aprobaciones de medicamentos de la FDA entre 2013 y 2022, y encontraron que el 73% de los medicamentos no cumplían cuatro criterios científicos básicos para demostrar su eficacia.

Los medicamentos contra el cáncer fueron especialmente problemáticos: sólo 3 de 123 cumplieron con todos los estándares científicos, la mayoría fueron aprobados con base en criterios de valoración sustitutos y sin evidencia de que mejoraran la supervivencia.

Es la ilustración perfecta de la captura regulatoria: una agencia financiada por tarifas de la industria y presionada por la política, que aprueba medicamentos de beneficio incierto mientras se autodenomina el «estándar de oro».

El engaño de los antidepresivos

El mismo manual se ha aplicado en psiquiatría, empezando por cómo se diseñan y se informan los ensayos clínicos.

El estudio 329 es uno de los ejemplos más conocidos. En él se afirmaba que la paroxetina (Paxil) era segura y eficaz para adolescentes de 12 a 18 años.

Pero cuando los investigadores volvieron a analizar los documentos reglamentarios originales , descubrieron que los suicidios y los intentos de suicidio habían sido codificados bajo términos engañosos como «labilidad emocional» o «empeoramiento de la depresión», borrándolos efectivamente de la vista.

Un patrón similar surgió al reexaminar los documentos regulatorios de dos ensayos con fluoxetina (Prozac) en niños y adolescentes. Se omitieron o clasificaron erróneamente los intentos de suicidio , lo que hizo que el fármaco pareciera más seguro de lo que era.

Ambos reanálisis se llevaron a cabo en el marco de la iniciativa Restaurar Ensayos Invisibles y Abandonados , un proyecto dedicado a «restaurar» ensayos abandonados o mal informados mediante la publicación de versiones precisas de los datos presentados a los reguladores.

La publicación selectiva agrava el problema.

La FDA sólo exige dos ensayos que demuestren que un fármaco es mejor que un placebo antes de aprobarlo, lo que significa que múltiples ensayos fallidos quedan enterrados.

El psicólogo Irving Kirsch, valiéndose de solicitudes de libertad de información, descubrió docenas de ensayos de ISRS no publicados que habían sido ocultados de la literatura médica.

Cuando se incluyeron esos estudios faltantes, el aparente beneficio de los antidepresivos sobre el placebo casi desapareció: una ganancia promedio de menos de dos puntos en la Escala de Depresión de Hamilton, muy por debajo del umbral para un beneficio clínico significativo.

En otras palabras, mucho de lo que parece ser un «efecto de un fármaco» es, en realidad, un placebo.

Durante años, a los pacientes también se les ha vendido el mito de marketing de que la depresión se origina en un «desequilibrio químico» en el cerebro: una teoría desacreditada pero una campaña de ventas extraordinariamente efectiva.

En 2020, analizamos sitios web de salud populares en 10 países y descubrimos que aproximadamente el 74 % afirmaba falsamente que la depresión era causada por un desequilibrio químico e insinuaba que los antidepresivos podían corregirla.

Puede parecer un mensaje inofensivo, pero su influencia es profunda.

Un estudio australiano mostró que el 83% de las personas a las que se les dijo que tenían un desequilibrio químico eran más propensas a tomar un antidepresivo, creyendo que «arreglaría» la química de su cerebro.

Una revisión más reciente en Molecular Psychiatry sintetizó la mejor evidencia disponible y no encontró un vínculo consistente entre la depresión y los niveles bajos o la actividad de serotonina.

En conjunto, estos hallazgos revelan cómo se construyó la narrativa moderna de la psiquiatría (mediante ensayos distorsionados y marketing engañoso), convirtiendo la incertidumbre en certeza y la especulación en «ciencia».

Fraude por omisión

Recientemente informé sobre cómo las revistas pueden convertir la ciencia en un arma.

Peter Doshi, del BMJ, expresó serias preocupaciones sobre el ensayo clínico crucial PLATO para el anticoagulante ticagrelor, incluyendo irregularidades en los datos y muertes inexplicables. Sin embargo, la revista Circulation , que publicó el ensayo, se ha negado a investigar.

Esta vigilancia selectiva es reveladora. Las revistas se retractarán de pequeños artículos con hipótesis que desafían la ortodoxia, pero los medicamentos multimillonarios con datos cuestionables permanecen intocables.

Hemos visto una forma aún más agresiva de supresión en el ámbito de las vacunas.

El reciente caso de Covaxin expuso hasta qué punto son capaces de llegar los fabricantes para ocultar hallazgos inconvenientes.

Después de que investigadores indios publicaran un estudio posterior a la comercialización revisado por pares que sugería que los eventos adversos graves «podrían no ser poco comunes», Bharat Biotech, el fabricante de la vacuna, presentó una demanda por difamación contra los 11 autores y el editor de la revista, exigiendo la retractación y millones en daños.

En cuestión de semanas, la revista cedió, anunciando su intención de retractarse a pesar de no encontrar ningún fraude científico ni invención. La única «ofensa» fue sugerir que se justificaba una mayor investigación de seguridad.

Es un ejemplo escalofriante de cómo el poder corporativo y político ahora anula los mecanismos normales del debate científico: una nueva forma de censura disfrazada de control de calidad.

Castigar a los científicos

La militarización de la ciencia no se limita a suprimir ideas o estudios inconvenientes: se extiende a los propios científicos.

Durante el escándalo de Vioxx, se descubrió que Merck tenía una verdadera «lista negra» de médicos y académicos que criticaban los riesgos cardiovasculares del medicamento.

Correos electrónicos internos revelaron que ejecutivos discutían planes para «buscarlos y destruirlos donde viven». Hasta ahí llega la industria para silenciar la disidencia.

Los ejecutivos ya no son tan estúpidos como para poner esas amenazas por escrito, pero el comportamiento persiste, ahora externalizado a grupos de presión y organizaciones fachada que destruyen reputaciones silenciosamente.

Yo mismo experimenté una versión de esto después de los documentales de ABC sobre las estatinas y el azúcar.

Al igual que Merck, el Foro de Fabricantes de Cereales para el Desayuno de Australia (un grupo fachada de la industria) elaboró un plan de «defensa activa» para neutralizarme por desafiar la narrativa de la industria.

Y lo hemos visto nuevamente recientemente con el memorando filtrado de BIO que detalla un plan coordinado para socavar al Secretario de Salud de los EE. UU., Robert F. Kennedy Jr. , mediante la cooptación de influyentes de los medios, la asociación con grupos de expertos y la configuración de la percepción pública.

Diferentes industrias, el mismo manual : cuando hay miles de millones en juego, el disenso es peligroso y la ciencia se convierte en un arma.

Verificadores de hechos armados

Considere el auge de la verificación de datos como un arma.

En 2024, por ejemplo, un estudio japonés revisado por pares y publicado en la revista Cureus que informaba de un aumento estadístico de ciertos tipos de cáncer tras el lanzamiento de la vacuna de ARNm contra la COVID-19 fue retractado después de una «verificación de hechos» de Reuters.

Los autores, dirigidos por el Dr. Miki Gibo, no hicieron ninguna afirmación de causalidad y habían pedido explícitamente una mayor investigación, pero la revista se retractó del artículo después de la controversia mediática, citando preocupaciones sobre el escrutinio de los verificadores de datos.

Cuando las revistas comienzan a externalizar el juicio editorial a organizaciones de medios con conflictos comerciales o institucionales, la propia revisión por pares se derrumba bajo el peso del control narrativo.

Esto es lo que quiero decir cuando hablo de la militarización de la ciencia.

Hoy en día, el fraude no se limita a la falsificación de datos, sino a lo que las instituciones deciden ocultar. Se trata de una aplicación selectiva de la ley diseñada para proteger las ganancias bajo el pretexto de la integridad.

¿Podemos restaurar la honestidad científica?

No voy a fingir que tengo todas las respuestas. Ya sea el colesterol o la serotonina, la ciencia suele inclinarse hacia las ganancias en lugar de hacia la verdad.

Los reguladores, las revistas y las instituciones académicas se han enredado tanto financieramente con la industria que la ciencia verdaderamente independiente es ahora la excepción, no la regla.

Las retractaciones, las verificaciones de hechos y las prohibiciones editoriales se utilizan de manera selectiva, no para corregir el fraude, sino para borrar el debate bajo la bandera del » consenso científico «.

Hemos intentado solucionar esto con medidas de transparencia como las políticas de datos abiertos y la Ley Sunshine, que expone los pagos de las compañías farmacéuticas a los médicos.

Pero la divulgación se ha convertido en un simple trámite, y los datos brutos siguen siendo difíciles de obtener. Mientras tanto, la maquinaria de influencia sigue funcionando.

El problema más profundo es la falta de rendición de cuentas. Sin rendición de cuentas, no puede haber confianza.

Cuando el analgésico Vioxx de Merck fue retirado del mercado tras ser vinculado a decenas de miles de muertes, ningún ejecutivo fue a la cárcel. La empresa pagó multas, emitió declaraciones y siguió adelante.

Se perdieron vidas y nadie fue considerado personalmente responsable. Eso no es justicia; es el «costo de hacer negocios» y, peor aún, quienes presiden estos desastres a menudo reciben recompensas por ello.

Se pagan bonificaciones, las opciones sobre acciones se disparan y los directores ejecutivos salientes cobran indemnizaciones multimillonarias, todo ello mientras sus familias se ven obligadas a enterrar a sus muertos.

Si realmente queremos restaurar la confianza, eso tiene que cambiar. Los directores ejecutivos y altos ejecutivos que a sabiendas ocultan datos o comercializan medicamentos peligrosos deberían enfrentar sanciones penales, no acuerdos corporativos.

Unas cuantas condenas de cárcel a los más altos mandos harían más por restablecer la confianza en la medicina que mil comunicados de prensa sobre un renovado compromiso con la seguridad.

La rendición de cuentas también debe extenderse al gobierno.

La FDA y otros organismos reguladores dependen estructuralmente del dinero de la industria. Es parte integral del sistema, y la única solución real es reconstruirlo: financiar estas agencias con fondos públicos, eliminar las tarifas de usuario y recuperar su independencia.

La barrera no es el dinero: es la voluntad política, comprometida por el mismo lobby corporativo y las donaciones de campañas que distorsionan la ciencia.

Una verdadera reforma exige el coraje de enfrentar el control financiero de la industria farmacéutica sobre los dos partidos principales, poner fin a las donaciones políticas que compran el silencio y legislar en favor de una independencia genuina en la ciencia y la medicina.

Quizás Kennedy sea ahora el más indicado para empezar a desmantelar el control de la industria sobre la ciencia. La corrupción sistémica no surgió de la noche a la mañana, y tampoco se solucionará de la noche a la mañana.

Los conflictos de intereses comerciales se han normalizado, impregnando nuestras instituciones, universidades, revistas y cultura política. Mientras no se afronten directamente, nada cambiará.

La divulgación es necesaria, pero no suficiente. El antídoto es el debate abierto, la financiación pública y una verdadera rendición de cuentas.

La ciencia nunca debería basarse en el consenso; debería basarse en la controversia. Si no podemos comprobar afirmaciones, cuestionar datos o plantear preguntas incómodas sin temor a represalias, entonces ya no tenemos ciencia: tenemos marketing.

La militarización de la ciencia sólo termina cuando la verdad se vuelve más valiosa que las ganancias.

También te puede interesar

El aborto jamás podrá ser un derecho constitucional

La UCO rastrea una donación del PSOE en plena pandemia al Instituto de Salud Carlos III

Explorando alternativas asequibles para los entusiastas del bienestar

Algunas muertes, adoctrinamiento, adicción y materialismo: poca luz y muchas sombras de la inteligencia artificial

Notificaciones

Sé el primero en comentar

0 COMENTARIOS

ad alerta digital
www.alertadigital.com

Buscar en Alerta Digital...

Alerta Digital - © 2024 Alerta Digital - Todos los derechos reservados.